Gioconda Herrera Mosquera, editora

Antología Género

FLACSO - ECUADOR
JUNTA DE ANDALUCIA

© 2001 FLACSO, Sede Ecuador
Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador
Télf.: (593-2) 232030
Fax: (593-2) 566139

ISBN
Coordinación editorial: Alicia Torres
Corrección de textos:
Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena / Juan Méndez
Impresión: RISPERGRAF
Quito, Ecuador, 2001

Índice

Estudio introductorio

Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento y el reconocimiento 9
Gioconda Herrera Mosquera

Bibliografía temática 61

Artículos 77

Interacciones

Alimentación, género y pobreza en los Andes Ecuatorianos. Práctica: vida en la cocina 81
Mary J. Weismantel

Relaciones de género y violencia 115
Gloria Camacho

Instituciones Sociales

La imbecilidad y el coraje. La participación femenina en la economía colonial (Quito, 1780-1830) 179
Christiana Borchart de Moreno

Género, raza y nación: La protección a la infancia en el Ecuador (1910 – 1945) 197
Kim Clark

Políticas neoliberales frente al trabajo femenino, Ecuador 1984-1988 227
Magdalena León Trujillo

Ajuste desde la base: mujeres de bajos ingresos, tiempo y triple rol en Guayaquil 275
Caroline 0. N. Moser

Organizaciones de mujeres reforma neoliberal y políticas de consumo en el Ecuador 295
Amy Lind

Representaciones

El muro interior 325
María Cuvi Sánchez
Alexandra Martínez Flores

Educación e Imágenes de Mujer 165
Ana María Goetschel

La interpenetración de género y etnicidad: nuevas autorepresentaciones de la mujer indígena en el contexto urbano de Quito 355
Mary Crain

Ajuste desde la base: mujeres de bajos ingresos, tiempo y triple rol en Guayaquil */**

Caroline 0. N. Moser

Introducción

Tras una década de crisis originada en la deuda y la recesión, y las consecuentes políticas de ajuste estructural (PAE) y estabilización que la siguieron, en muchos países del Tercer Mundo se extiende hoy la preocupación por el deterioro de los estándares de vida y el grave desgaste de la base de los recursos humanos de la economía. El hecho de que los costos sociales de las PAE hayan recaído principalmente en la población de bajos ingresos, tanto rural como urbana, ha conducido a la elaboración de propuestas tendientes a dar un "rostro humano" (Unicef, 1987) al proceso de ajuste, con políticas destinadas a "reforzar la base de recursos humanos" (Demery y Addison: 1987).

---

* Tomado de Zonia Palán, et.al. 1993. *La Mujer frente a las políticas de ajuste.* Quito: CEPAM. Esta versión es un estracto del artículo general que fue escrito originalmente par Unicef, Nueva York. Una versión anterior abreviada y titulada *El Impacto de la recesión y de las políticas de ajuste en el nivel micro: Mujeres de bajos ingresos y sus hogares en Guayaquil, Ecuador,* fue publicada en Unicef (1989).

** El trabajo de campo y análisis de los datos de la Investigación fueron desarrollados en colaboración con Peter Sollis. Quisiera reconocer su importante contribución a este artículo. También agradezco a Michael Cohen por animarme a analizar los procesos de ajuste en el nivel micro, a Richard Jolly por su interés en esta investigación, y a Diane Elson por sus útiles comentarios a este artículo. Sin el apoyo y compromiso de los moradores de Indio Guayas, no habría sido posible llevar a cabo esta investigación. Estoy en deuda con ellos, en particular con Emma Torres, Rosa Vera y Lucía Savalla, quienes después de diez años son en verdad mucho mejores trabajadoras de campo en su propia comunidad, de lo que yo lo puedo ser.

El Banco Mundial en colaboración con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD- y el Banco Africano de Desarrollo, han apoyado la formulación de tales políticas a través de un amplio programa destinado a investigar los efectos de las PAE en el Africa sub-Sahariana. Para ello han establecido la Unidad de Proyectos -SDA- y puesto en marcha la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), un instrumento a gran escala, basado en entrevistas que se realizarán a lo largo de cinco a siete años (PNUD 1987). Al mismo tiempo, se han encargado un gran número de estudios a nivel micro sobre los efectos de las PAE en las mujeres (Commonwealth Secretariat 1990).

El sesgo de género en las políticas de ajuste estructural***

A pesar de la creciente preocupación por la situación de los hogares pobres, continúan existiendo problemas fundamentales. Las PAE a menudo tienen un impacto diferenciado en el interior de los hogares, según afecten a hombres o mujeres, niños o niñas, y ello por el sesgo de género en las políticas macroeconómicas formuladas para reasignar recursos (Unicef 1987; Unicef, s/f; Elson 1987). Con base en el análisis de investigaciones recientes en América Latina urbana, el propósito de este trabajo radica en contribuir al debate sobre la magnitud en que las PAE -aun sin intención de hacerlo- han perjudicado de manera diferente a los integrantes de hogares de escasos recursos sobre la base del género.

El objetivo consiste también en mostrar a quienes formulan las políticas, la importancia de que la metodología de investigación actual, como la encuesta SDA, cambie su unidad de análisis -el hogar-, por un enfoque más desagregado, con mayor capacidad para ubicar las diferencias internas de esa unidad. Además, se identifican las limitaciones de la investigación que aísla a las mujeres de bajos ingresos, fuera del contexto de sus hogares.

Un estudio de caso de una comunidad urbana de bajos ingresos, Indio Guayas en Guayaquil, Ecuador, entre 1987 y 1988, ofrece la oportunidad de

*** Los extractos que contiene la presente publicación fueron publicados por CEPAM, versión de la que se tomó este artículo, publicado previamente en su totalidad por SUR Chile, Centro de Estudios Sociales y Educación, quien permitió la reproducción textual de la traducción que realizó del trabajo de Caroline 0. N. Moser.

examinar la relevancia de tres clases de 'sesgos masculinos' que Elson ha identificado como subyacentes a muchas PAE, (Elson 1990: 6).[1]

El primer tipo es el sesgo masculino en cuanto a la división sexual del trabajo, que ignora los obstáculos a la reasignación laboral en las políticas destinadas a producir un tránsito desde actividades no-transables a las transables, para lo cual ofrecen incentivos a las manufacturas intensivas y a los cultivos para la exportación. Se han examinado los patrones de empleo en los hogares de Indio Guayas, para establecer en qué medida ha ocurrido algún tipo de capacitación o cambio laboral; o si -como ha argumentado Elson- las barreras de género a la reasignación del trabajo han significado mayor desempleo para hombres desplazados de actividades no-transables, mientras que cualquier mujer que se inserta en una industria manufacturera orientada a la exportación ha implicado trabajo extra, desde el momento en que la actividad fabril se agrega a las labores domésticas no pagadas, que los hombres desempleados aún rehusan asumir (Elson 1990: 12).[2]

El segundo sesgo masculino se refiere al trabajo doméstico no pagado, necesario para reproducir y mantener los recursos humanos, y la medida en que las PAE implícitamente asumen que estos procesos que realizan las mujeres sin retribución monetaria se mantendrán, sin importar cómo se redistribuyan los recursos (Elson 1990: 6). Esto plantea la interrogante de hasta qué punto el costo del éxito de las PAE no es una jornada más larga y más dura para las mujeres, obligadas a trabajar más, en el mercado y en el hogar. Hasta dónde su labor puede ser infinitamente elástica, o la existencia de un punto de quiebre en

---

1 El trabajo de campo para este estudio longitudinal fue realizado primero en 1977-8, sobre la base de una observación participativa hecha al vivir en el barrio, y de una encuesta a 244 hogares de tres diferentes manzanas, cuyo objetivo era mostrar los cambios en el asentamiento y los procesos de consolidación. Un nuevo trabajo antropológico de campo fue realizado en enero de 1979 y agosto de 1982. Se reestudió el barrio en julio-agosto de 1988, otra vez mediante observación participativa, y se hizo una encuesta muestral de 141 hogares en la misma área (denominada 'la encuesta'). Posteriormente, se trabajó un cuestionario semiestructurado como una sub-muestra de 33 hogares de la encuesta muestral, elegidos como representativos de las estructuras de hogares de Indio Guayas (denominada 'la sub-muestra'). El objetivo de la submuestra era examinar con mayor profundidad en un nivel cualitativo, importantes procesos iluminados por la encuesta. El análisis de los temas cubre entonces hasta el período de agosto 1988, sin tomar en cuenta los cambios que pudieran haber ocurrido desde entonces. Para una descripción más detallada de la metodología de investigación, véase Sollis y Moser (1990).

2 Al elaborar este tema, Elson argumenta que "ignorar el género lleva a la creencia, expresada por el Jefe de la División de Comercio y Políticas de Ajuste del Banco Mundial, de que es relativamente fácil reentrenar y transferir trabajadores desde, digamos la construcción o el comercio, hacia empleos en la exportación ... de, digamos, radios o vestuario" ("Selowsky 1987"; "Elson 1990: 8").

que la capacidad de las mujeres para reproducir y mantener los recursos humanos se desmorona (Jolly 1987: 4), son temas que es necesario analizar.

En el caso de Indio Guayas, la metodología de planificación de género, que establece que en la mayoría de los hogares de bajos ingresos de los países desarrollados las mujeres tienen un triple rol, aporta los instrumentos necesarios para identificar en qué medida el problema es la elasticidad del tiempo, como afirma Elson, o "cambios en el equilibrio del tiempo" (Moser 1986, 1989). El 'trabajo femenino' incluye no sólo el trabajo 'reproductivo' (el dar a luz y las responsabilidades de la crianza de los hijos), necesario para garantizar la manutención y reproducción de la fuerza laboral, y el trabajo 'productivo' en actividades generadoras de ingreso. Implica además trabajo 'comunitario', desarrollado en el ámbito local.

Con la inadecuada provisión por parte del Estado de ítems de consumo colectivo y los crecientes recortes en los servicios básicos existentes como agua y luz, son las mujeres las que asumen la responsabilidad de redistribuir los ilimitados recursos disponibles para la supervivencia de sus hogares. Aunque los hombres están involucrados en trabajo 'productivo', generalmente carecen de un rol reproductivo claramente identificado. Igualmente, aunque están involucrados en la comunidad, generalmente lo están menos en la provisión de ítems para el consumo colectivo, aunque tienen un rol importante en las 'políticas comunitarias', en las que se organizan con un carácter político formal, generalmente en el marco de la política nacional (Barrig y Fort 1987; Moser 1987).

Porque el triple rol de las mujeres no es reconocido, quienes formulan las políticas frecuentemente ignoran el hecho de que las mujeres, a diferencia de los hombres, están severamente constreñidas por el peso de tener que equilibrar simultáneamente sus diferentes roles. Más aún, la tendencia a apreciar sólo el trabajo productivo, por su valor de cambio, mientras se ve como 'natural' y no productivo el trabajo reproductivo y de gestión comunitaria, tiene serias consecuencias para las mujeres. Significa que la mayoría, si no todo el trabajo que hacen, aparece como invisible y no es reconocido como trabajo ni por los hombres de la comunidad ni por aquellos planificadores cuya función es la de determinar las necesidades diferentes en los sectores de bajos ingresos (Moser 1987).

En el examen del impacto de las PAE en las mujeres de bajos ingresos de Indio Guayas, se usa la distinción de un triple rol para analizar no sólo la cantidad de horas trabajadas, sino también, y más importante aún, los cambios que

las mujeres han implantado en su distribución del tiempo entre el trabajo en el mercado laboral, en la comunidad y en el hogar, por causa de la crisis económica. Ello permite identificar la medida en que tanto los hombres y mujeres de la comunidad, como quienes formulan las políticas, valoran las diferentes formas de trabajo y en consecuencia, la medida en que las funciones remuneradas y no remuneradas compiten por el tiempo de las mujeres.

El tercer sesgo masculino tiene relación con el hogar en tanto es la institución social, fuente de suministro de la fuerza de trabajo, y con el supuesto de que los cambios en la asignación del ingreso, los precios de los alimentos y el gasto público que acompañan la estabilización y las PAE, afectan a todos los miembros del hogar de la misma manera, por una igual distribución de recursos en el interior del hogar (Elson 1990: 6). La noción de que el hogar tiene una función de 'utilidad conjunta' o de 'bienestar familiar unificado', se basa en el supuesto de que su objetivo es maximizar el bienestar de todos sus miembros -ya sea a través de altruismo o dictadura benevolente- y, en consecuencia, puede ser tratado por los planificadores "como un individuo con un conjunto de objetivos único" (Elson 1990: 26; Evans 1989). Al examinar los efectos de los recortes en la asignación de recursos en los hogares de bajos ingresos de Indio Guayas, es necesario identificar la asignación interna no sólo de recursos, trabajo y tiempo, sino también de la toma de decisiones con la que el hogar se protege y amortigua el deterioro de las condiciones de vida.

Diferenciación entre las mujeres de bajos ingresos

El foco de este trabajo es el impacto de los procesos de ajuste en las mujeres de bajos ingresos. Sin embargo, existen grandes limitaciones para estudiar a las mujeres aisladas, como lo hacen muchos estudios recientes a nivel micro (Commonwealth Secretariat 1990). El resultado ha sido una tendencia a identificar el ingreso como la base de la diferenciación, y tratar como semejante el 'infortunio' de todas las mujeres de bajos ingresos. Sin embargo, las mujeres de este sector no han sido afectadas en igual medida por las PAE, porque no todas han logrado igual éxito en equilibrar sus tres roles. Al examinar las diferentes respuestas a la crisis de las mujeres de Indio Guayas, es importante identificar la medida en que las 'estrategias de supervivencia' han sido influenciadas por la naturaleza y la composición del hogar de pertenencia.

Es posible identificar tres factores determinantes que pueden afectar a las mujeres: primero, el número de personas del hogar que realizan un trabajo productivo y generan un ingreso estable; segundo, la fase del ciclo de vida en que se encuentra el hogar en el momento en que ocurren los cambios, y tercero, la composición del hogar en términos de la cantidad de mujeres que realizan trabajo reproductivo. El análisis de la situación de Indio Guayas basado en estas tres variables, pretende ser un aporte para el desarrollo de adecuadas propuestas de políticas para el apoyo a mujeres de bajos recursos y sus familias en condiciones como éstas.

El problema de causalidad

De hecho, para los que hacen las políticas, el más importante objetivo de una investigación como ésta se relaciona con el problema de la causalidad y con la identificación de aquellos costos sociales que son consecuencia de la deuda o recesión más que de la estabilización del Fondo Monetario Internacional -FMI-/Banco Mundial/intervenciones de las PAE. De igual importancia para ellos es la pregunta acerca de los costos que sí se deben a la estabilización y a las PAE, y el espinoso problema referente a cómo habrían sido las cosas si las PAE no hubieran tenido lugar. Es urgente, en un comienzo, reconocer los problemas metodológicos que presentan interrogantes como ésas y por lo tanto, la necesidad de identificar los cambios resultantes tanto de la recesión como del ajuste en general, con inferencias más específicas, cuando sea posible.

Es decisiva para tal investigación entonces, la identificación de los factores más importantes que afectan a los hogares de bajos ingresos durante la recesión y el proceso de ajuste. En el contexto urbano latinoamericano se identifican tres tipos de cambios como los más importantes: primero, en el ingreso, a través de cambios en los salarios, niveles y sectores de empleo para los empleados, y a través de cambios en los precios y demanda por productos para el 'autoempleo'; segundo, en los patrones de consumo, a través de los cambios en los precios de compras importantes, especialmente alimentos; tercero, cambios en el nivel y composición del gasto público, a través de los recortes de gastos sectoriales, particularmente en el área social, que resultan de la Introducción o aumento de los costos de los servicios para los usuarios.[3]

3 Los cambios identificados como 'de mayor importancia' fueron seleccionados tras útiles discusiones con Diane Elson y Frances Stewart.

La comunidad investigada: Barrio Indio Guayas, Guayaquil

En el contexto de la economía ecuatoriana, Guayaquil es la ciudad principal, primer puerto y mayor centro de comercio e industria. Históricamente, el crecimiento ha estado ligado a las diferentes fases de una economía primaria exportadora. En tanto enclave industrial, su crecimiento demográfico ha reflejado la decreciente capacidad del sector agrícola para retener población, así como el potencial de la ciudad para crear empleo industrial. Guayaquil creció rápidamente en la década de 1970, durante el auge petrolero, debido a las altas tasas de inmigración, principalmente desde las áreas rurales circundantes. Esto llevó a un crecimiento de la población de 500 mil habitantes en 1960, a 1,2 millones en 1882 y a unos estimados 2 millones en 1988.

La actividad comercial de Guayaquil se centra alrededor de la cuadrícula de cuarenta manzanas de la ciudad colonial original, que en los setenta estaba rodeada de las viviendas de alquiler ubicadas dentro de la urbe. Hacia el norte de la ciudad se encuentran las áreas de los sectores de ingresos medios y altos, mientras hacia el oeste y sur las áreas de pantano constituyen la zona de expansión predominante para los sectores de bajos ingresos. La ocupación de esta zona periférica, conocida como los 'suburbios', ocurrió entre 1940 y 1980, cuando la población de bajos ingresos excluida del mercado habitacional formal, invadió estos pantanos de propiedad municipal.

Esta Investigación fue realizada en Indio Guayas, nombre dado a un área de pantano de aproximadamente diez manzanas, ubicada en el extremo de 'Cisne Dos', uno de los distritos administrativos de la ciudad. El asentamiento no tiene límites físicos claros, pero en 1978 contaba con alrededor de 3 mil habitantes, la mayoría de los cuales pertenecía a la Junta de Vecinos de Indio Guayas. En 1978, Indio Guayas era un 'asentamiento pionero' de familias jóvenes con movilidad ascendente, procedentes de viviendas de alquiler en el interior de la urbe, y que habían adquirido sus propios lotes de 10 por 30 metros, y la propiedad de facto de sus viviendas. Fueron construyendo sus primeras casas de caña y madera alrededor de pasajes, obtenían agua de tanques distribuidores y 'pirateaban' electricidad. A fines de los setenta y comienzos de los ochenta se movilizaron y demandaron a los políticos y al gobierno local la provisión de agua potable y electricidad para su comunidad (Moser 1982: 1).

Información obtenida por una encuesta de hogares realizada en 1978 mostró una edad media de 30 años para hombres y mujeres. En la mayoría de

los hogares en que el jefe era hombre, la relación de pareja era la unión libre, y el tamaño promedio era de 5.8 personas. La comunidad era representativa del sector laboral peor pagado, no especializado ni sindicalizado. Los hombres estaban empleados como mecánicos, trabajadores de la construcción, sastres, obreros industriales no especializados, en tanto las mujeres estaban ocupadas como trabajadoras domésticas, lavanderas, cocineras, vendedoras o costureras (Moser 1981). Sin embargo, lejos de ser víctimas de la sociedad, los residentes de Indio Guayas eran una comunidad ascendente y con aspiraciones, que luchaban con trabajo duro e iniciativa para mejorar sus condiciones de vida, y buscaban elevar las expectativas de empleo de sus hijos -y de ellos mismos- a través de una mejor salud y educación.

El impacto de la recesión y de los procesos de ajuste en las mujeres de Indio Guayas, Guayaquil

Los cambios mencionados anteriormente - en el ingreso, en los patrones de consumo y en el nivel y composición del gasto público- han tenido importantes implicaciones para las mujeres -de Indio Guayas- en sus roles productivos. Más mujeres trabajan en actividades generadoras de ingresos en relación a 1980. En muchos casos como proveedoras primarias de ingreso confiable. Aunque mal pagados, tanto el servicio doméstico como las actividades de ventas significan contratos de trabajo más estables y seguros que el cada vez más irregular trabajo por jornada que se halla al alcance de los hombres.

El factor principal que determina qué mujeres laboran consiste en el número de personas del hogar que realizan trabajo productivo y generan un ingreso confiable. Algunas mujeres siempre han desempeñado tareas laborales fuera del hogar. Cuatro quintos de las mujeres de la sub-muestra lo hicieron en el período 1978-88. De ellas, casi la mitad -48.14 %- ha laborado durante todo ese periodo, porque como jefas de hogar siempre han sido las únicas proveedoras de ingresos, puesto que el bajo salario de sus cónyuges ha significado que el hogar dependiera de sus ganancias, o porque han elegido hacerlo. La fase en que se encontraba el hogar dentro de su ciclo de vida fue el segundo factor que también incidió en cuáles mujeres trabajaban. Aquellas pocas que no lo hacían, pertenecían a hogares extensos o encabezados por mujeres donde las hijas, hijos o hijos políticos contribuían en el ingreso familiar, y los deberes de la mu-

jer estaban confinados al trabajo reproductivo relacionado con las necesidades del hogar. Esta opción también sugiere que el tamaño del hogar afecta su nivel de ingresos.

Cuándo las mujeres salen a trabajar depende de factores internos y externos al hogar. La sub-muestra indica que 18.5 % comenzó a hacerlo durante el periodo 1982-3, y el mismo número en 1987-8. Todas expresaron haber empezado a laborar fuera del hogar porque el ingreso no era suficiente para cubrir las necesidades familiares: 'no alcanza' era una frase común. La certeza de que su salario coincidía con los dos periodos de crisis en que las medidas macroeconómicas produjeron una baja en los salarios y un aumento en los precios de los alimentos, sugiere un vínculo causal directo. En particular, los precios inflacionarios de los alimentos en 1987-8 fueron identificados por las mujeres como la razón directa de su decisión. Al interior del hogar, la otra razón importante que se identificó fue el costo de la educación secundaria, también exacerbado por el alza inflacionaria de las matrículas desde 1988. Los hogares que experimentaban una presión adicional eran aquellos con uno o dos niños en educación secundaria.

Dónde trabajan las mujeres depende no sólo de sus especialidades, sino también de su nivel de movilidad. Aquellas que laboran en su casa por la presencia de hijos menores o por el rechazo de sus cónyuges a que tengan trabajos fuera tienen menos movilidad. Las menos especializadas mantienen tiendas altamente competitivas en el frente de sus casas, mientras las más especializadas trabajan como costureras. Aquellas que venden comida preparada en la esquina de rutas principales aledañas, para lo cual dejan a sus niños por cortos períodos de tiempo tienen ligeramente mayor movilidad. Las lavanderas deben poder viajar por algunas horas, mientras que las más móviles son las empleadas domésticas, muchas de las cuales dejan la casa a las 6 a.m., atraviesan la ciudad y vuelven a las 8 ó 9 de la noche. La evidencia sugiere que entre las mujeres no especializadas existe correlación entre la movilidad y el monto percibido.

Claramente, las mujeres por lo general cubren el déficit en el ingreso doméstico. No sólo realizan más actividades generadoras de ingreso que antes de 1980, sino que con la caída de los salarios reales también trabajan una jornada más larga. Esto es evidente en el caso de las mujeres más pobres y menos especializadas que se desempeñan como lavanderas o en el servicio doméstico, particularmente jefas de hogar, que siempre han trabajado. Mientras en 1980 estaban empleadas con una familia, o a lo sumo dos, la mayoría lo hace ahora pa-

ra dos o tres familias, con jornadas de hasta 60 horas a la semana, que incluyen los sábados, y ello para ganar lo mismo que antes, en términos reales.

A lo anterior, se suma que ahora las mujeres se ven obligadas a buscar trabajo cuando sus niños son menores que antes. Hasta las más pobres son reacias a salir a trabajar mientras sus hijos no alcancen edad para ingresar en la educación primaria, mientras entre las familias de ingresos mayores se prefiere la entrada a la escuela secundaria. La evidencia indica que ahora la mayoría de las mujeres trabaja una vez que sus hijos están en la escuela primaria, con una creciente cantidad que ingresa a la fuerza de trabajo lo más pronto posible después del nacimiento de su último hijo. Entre aquellas que ingresaron al mercado laboral desde 1978, todas lo hicieron antes de que el hijo menor cumpliera 10 años, y cerca de 80 por ciento antes de su sexto cumpleaños.

Un tercer factor que afecta la capacidad de las mujeres para trabajar es la composición del hogar en términos del número de otras mujeres involucradas en labores reproductivas. Aunque la presencia de otra mujer adulta capaz de colaborar en las actividades reproductivas es a veces importante, es el número de hijas y sus edades, lo que más directamente determina las estrategias seguidas. Con un mayor número de mujeres que trabajan, y lo hacen por más horas, las hijas se ven obligadas cada vez más a amoldar su trabajo escolar a las horas de trabajo de la madre. Aunque el sistema de jornadas escolares de medio día hace posible que las hijas continúen sus estudios al mismo tiempo que se hacen cargo de responsabilidades reproductivas, de todas maneras ello significa que tienen menos tiempo para sus estudios que sus hermanos. Como resultado, a menudo las niñas se ven en desventaja en términos de los logros académicos, lo que las lleva a faltar a la escuela. El futuro potencial productivo de las hijas se ve así cada vez más limitado debido a sus actividades reproductivas.

El rol reproductivo de las mujeres

Las mujeres se han visto afectadas por el proceso de ajuste, sobre todo en términos de demandas conflictivas sobre su tiempo, en sus roles reproductivos como esposas y madres. Pese a que en relación con 1978, trabajan más mujeres, la norma cultural en Indio Guayas según la cual el trabajo reproductivo es propio de la mujer, no ha cambiado, mientras los hombres no asumen nuevas responsabilidades reproductivas (más allá de ejemplos aislados, en particular en

empresas domésticas como la sastrería, en las que los hombres colaboran en el cuidado de los niños y la cocina mientras las mujeres realizan el viaje diario hasta donde el subcontratista). Donde la preocupación de Elson sobre las barreras de género se justifica es entonces, en el trabajo no pagado de las mujeres ya que los hombres no se han responsabilizado de más trabajo doméstico no pagado. La creciente presión sobre las mujeres en torno a aportar un ingreso ha dado como resultado que ellas tengan menos tiempo que antes para dedicarlo al cuidado de los niños y a las responsabilidades domésticas. La sub-muestra reveló que el número promedio de niños por hogar es 4.78, lo que indica la cantidad de años durante los cuales se requería permanencia en el hogar.

La capacidad de las mujeres para equilibrar trabajo productivo y reproductivo depende tanto de la composición del hogar en términos de otras mujeres, como de la etapa particular en que se encuentra el hogar en su ciclo de vida. Las mujeres con sólo hijos pequeños que se ven obligadas a salir a trabajar no tienen otra alternativa que encerrarlos mientras ellas están fuera, y es obviamente la más peligrosa de las soluciones. La hija mayor rápidamente asume responsabilidades con sus hermanos menores, pero no se hace cargo de cocinar hasta los diez u once años de edad. En esta situación, las mujeres comienzan su día a las 4 ó 5 de la mañana, cocinando para dejar comida para el día a los niños, y realizando tareas domésticas adicionales a su regreso. Cuando, además de cuidar de los niños, las hijas pueden cocinar, las mujeres no obtienen mayores posibilidades de descansar, sino que trabajan más horas fuera del hogar. Los hogares con más de dos hijas hacen un uso máximo del sistema escolar de jornadas de medio día, enviando a las hijas a turnos diferentes y liberando así a la madre para un trabajo de jornada completa.

En la sub-muestra había un pequeño pero creciente número de hogares efectivamente encabezados por hijas que no sólo se hacían cargo de todas las actividades reproductivas, sino que también asistían a las reuniones comunitarias los sábados y domingos, asumiendo así el rol de manejo de la comunidad, propio de sus madres. Pese a que las mujeres en esta situación pueden tener todavía hijos pequeños, su único rol real ahora es uno productivo. En 1980 este fenómeno no era aparente, lo que sugiere que las mujeres equilibraban sus actividades productivas y reproductivas de mejor manera. La situación se ve exacerbada en los hogares encabezados por una mujer, y se ha hecho especialmente problemática en aquellos donde los hombres han emigrado recientemente por razones de trabajo. Por ejemplo, aunque sólo 6 por ciento de la fuerza de

trabajo masculina había migrado para trabajar en la industria del camarón, esta iniciativa fue resultado directo de incentivos de ajuste estructural. El aumento de las oportunidades de empleo en este sector rural orientado a la exportación, mientras incrementó el ingreso masculino, tuvo costos indirectos, como la ruptura de lazos matrimoniales y una reducción de las responsabilidades económicas de los hombres en el hogar.

La reducción del tiempo que las mujeres dedican a actividades reproductivas tiene numerosas implicaciones importantes para los niños. Primero, los menores reciben menos cuidados que antes, cuando se los encerraba sin atención adulta o al cuidado de hermanas mayores. Tienen más posibilidades de escaparse de la escuela y transformarse en niños callejeros, aunque no necesariamente identificados como tales, vagando localmente, haciendo encargos a cambio de comida, y protegidos por vecinos amables sólo mientras permanecen en las calles. Segundo, los niños menores sufren problemas nutricionales cuando no son alimentados por sus madres. La comida que se deja para que se la repartan entre los niños no siempre es dividida equitativamente, y a menudo se provocan problemas nutricionales en la comida preparada por los hermanos mayores. Tercero, las hijas mayores que han debido asumir actividades reproductivas a temprana edad también reciben menos cuidado y guía de parte de sus padres. Aunque entrenadas para ayudar a sus madres en las tareas domésticas, las hijas no aceptan automáticamente las responsabilidades que se les entregan. Su resistencia produce conflictos con sus madres, y puede conducirlas a hacerse irresponsables, a descuidar a sus hermanos menores y a veces a una precoz promiscuidad y hasta a la prostitución.

En cuarto lugar, la disminución del control de los padres va en detrimento de los hijos hombres. Una de las grandes preocupaciones de las mujeres obligadas a salir a trabajar era el hecho de que se reducía su capacidad de controlar a los hijos adolescentes, que se veían tentados a desertar de la escuela, mezclarse con pandillas callejeras y exponerse al uso de drogas. Este problema se veía agudizado cuando la responsabilidad del padre también terminaba, por ejemplo debido a la emigración. En Indio Guayas se sentía fuertemente que el número de pandillas callejeras y el robo colectivo había aumentado considerablemente desde 1985, así como el nivel de drogadicción -especialmente de pasta de cocaína- lo cual se había transformado en un problema ampliamente percibido. El doctor de la clínica local confirmó que después de 1988, habían aumentado los hombres que buscaban guía respecto a la drogadicción.

En su rol reproductivo, las mujeres son responsables del presupuesto familiar y de asegurar no sólo que cada día haya suficiente comida, sino que sean pagadas cuentas mayores, como las costos escolares. Sin embargo, su control sobre la distribución del ingreso familiar total es muy limitado. La información de la sub-muestra indica que en los hogares no eran comunes las decisiones conjuntas o el compartir los recursos, y que la mayoría de las mujeres recibía una asignación diaria de sus parejas. Aunque en la mayoría de los casos el monto diario recibido había aumentado durante el año anterior, este aumento no había ido a la par de la inflación. Los hombres no necesariamente distribuían el mayor ingreso entre los gastos domésticos, de tal manera que la noción de que el hogar tenía una 'utilidad conjunta' o una función de 'bienestar familiar unificado' no se sostenía en la realidad.

Evidencia adicional es provista por el claro vínculo casual que se puede establecer entre los cambios en los patrones de consumo y el aumento de la violencia doméstica en el hogar. En la sub-muestra, un 18 por ciento de las mujeres dijeron que había una disminución de la violencia doméstica. Eran principalmente mujeres que obtenían un ingreso estable, que identificaban el mayor respeto por parte de sus parejas masculinas como asociado con la mayor independencia económica. Un 27% decía que nada había cambiado, mientras 48% afirmó que la violencia doméstica había aumentado, identificando el hecho como una consecuencia directa de la falta de dinero suficiente, y sosteniendo que eso siempre ocurría cuando la mujer tenía que pedir más dinero, en otras palabras, cuando intentaba controlar cómo se distribuían los recursos. Distinguían entre los hombres que se enojaban por la frustración que les producía el no ganar suficiente, y aquellos que lo hacían porque deseaban guardar lo que ganaban para sus gastos personales, identificados como otras mujeres y alcohol. En ambos casos, sin embargo, la consecuencia era la misma: golpes de los hombres a las mujeres.

La creciente drogadicción -que, a diferencia del alcohol, ha afectado preferentemente a hombres jóvenes- ha implicado problemas adicionales. Durante la realización del trabajo de campo ocurrió el primer suicidio conocido por el dirigente de la comunidad, el de un joven adicto a la cocaína que se mató después de una pelea con su esposa por la dedicación de casi todos sus ingresos a satisfacer su adicción más que a alimentar a sus tres hijos pequeños.

La investigación antropológica comparativa muestra que la presión por obtener un ingreso está haciendo cada vez más importante el control efectivo

de la fertilidad, en relación a lo que sucedía antes de 1980. Aunque la etapa del ciclo de vida es un determinante de gran importancia, la sub-muestra de 1988 mostró que mientras un cuarto de las mujeres no usaba ningún tipo de anticonceptivo, y otro cuarto usaba el espiral, 42 por ciento había optado por la ligadura de las trompas después del nacimiento de su hijo menor. Sin embargo, las mujeres no controlaban esta decisión respecto a la fertilidad, desde que se requería el permiso del marido para la operación.[4]

El rol de las mujeres en la gestión comunitaria

A fines de los 70 y comienzos de los 80, las mujeres jugaban un importante papel comunitario en la lucha por obtener recursos estructurales, como servicios de agua, desagüe y electricidad para el área (Moser 1987). Esta lucha se centró en la movilización popular, vinculada a patrocinios políticos específicos y con intensa actividad durante los períodos de elecciones. Los recortes en el gasto público desde 1983 han significado que los patrocinios de ese tipo han cesado virtualmente. En este contexto, las organizaciones no gubernamentales -ONG- están jugando un papel cada vez más importante en la entrega de servicios, no sólo como en los programas de educación y salud de la Unicef, sitio también en programas de desarrollo introducidos por Plan Internacional desde 1983, por ejemplo.

Esto ha tenido importantes implicaciones para las mujeres, quienes están dedicando más tiempo que antes a su rol en la gestión de la comunidad, para negociar sistemas participativos con las ONG. Estos programas, como Plan Internacional, se basan en la integración voluntaria no pagada de mujeres en el largo plazo. Las dirigentes comunitarias deben proveer acceso a la comunidad y, junto con los trabajadores pagados dedicados al desarrollo, deben supervisar la distribución de recursos para los programas de desarrollo. Para tener acceso a estos medios, las familias deben asistir a reuniones semanales y realizar actividades voluntarias en la comunidad. Más allá de los roles de liderazgo, la participación es casi totalmente femenina. Como una extensión de su rol doméstico, las mujeres asumen la responsabilidad principal por el éxito de los proyec-

4 Una mujer llena de recursos, cuyo marido no le daba permiso, convenció al hospital de aceptar a cambio la autorización de su madre y su hermano, argumentando que la de los dos juntos equivalía a la del marido.

tos comunitarios. En algunos casos, como en el proyecto pre-escolar Unicef, se da una gestión de la comunidad, mientras que en otros, la disposición desde arriba hacia la base tiene como resultado la participación sólo en la fase de implementación.

La decreciente provisión de servicios por parte del gobierno ha llevado a las mujeres a reconocer la importancia de favorecer la entrada, y de asegurar la sobrevivencia en el largo plazo, de programas basados en la comunidad. Dado que es la falta de tiempo lo que a menudo conduce al fracaso, para asegurar el continuo trabajo de las ONG con ellas, las mujeres se ven obligadas a encontrar el tiempo. En agosto de 1988, por ejemplo, hasta 200 mujeres se reunían durante tres horas todos los domingos en la tarde para tener acceso al programa comunitario de mejoramiento de viviendas de Plan Internacional. Al mismo tiempo, las mujeres con niños constantemente enfermos se las arreglaban para asistir los sábados en la tarde a las charlas sobre salud que llevaba a cabo la clínica de una ONG. Hasta los hombres están empezando a reconocer gradualmente este rol. Un carpintero local lo resumió diciendo: "Yo gano el dinero, y mi esposa cuida a los niños y asiste a las reuniones".

Conclusión

Mujeres, tiempo y el triple rol

Quienes hacen las políticas han empezado a manifestar su preocupación porque la recesión y el ajuste han tenido como consecuencia la extensión de la jornada de trabajo de las mujeres de bajos ingresos. La evidencia que entrega el caso de Indio Guayas muestra que el verdadero problema no es la cantidad de tiempo que trabajan las mujeres, sino cómo lo reparten entre las actividades relacionadas con su rol reproductivo, su rol productivo y su rol en la gestión comunitaria. A ello se suma la importancia de diferenciar de acuerdo a la generación a la que pertenecen, tales trabajos de las mujeres, de manera de identificar cuándo el tiempo extra proviene de las hijas más que de las madres. En ambos casos, las demandas extra de tiempo recaen en el género femenino, pero el número de mujeres involucradas ha aumentado considerablemente.

Durante la década pasada, las mujeres de bajos ingresos de Indio Guayas siempre trabajaron entre 12 y 18 horas al día, según factores como la composi-

ción del hogar, la época del año y sus especialidades. Por lo tanto, las horas trabajadas no han cambiado fundamentalmente. Lo que ha cambiado es el tiempo asignado a sus diferentes actividades. La necesidad de tener acceso a recursos ha obligado a las mujeres a asignar cada vez más tiempo a las actividades productivas y de gestión comunitaria, a costa de las reproductivas, que en muchos casos han llegado a tener una prioridad secundaria. El hecho de que el trabajo pagado y el no pagado compitan por el tiempo de la mujer tiene importante impacto en los niños, en las mujeres mismas y en la desintegración del hogar.

Es obvio que en el caso de Indio Guayas, el sesgo de género en la política macroeconómica formulada para redistribuir recursos ha significado una desventaja para las mujeres de bajos ingresos. No todas las mujeres pueden salir adelante en momentos de crisis, y es necesario dejar de ser románticos acerca de su infinita capacidad de hacerlo. Al mismo tiempo, no conforman un grupo heterogéneo y en términos de su capacidad de equilibrar sus tres roles en una situación cambiante, caen gruesamente en tres grupos.[5]

El primero, de mujeres que están 'arreglándoselas', es el de aquellas que logran equilibrar sus tres roles. En general, tienen una relación estable con parejas que cuentan con fuentes confiables de ingreso. El presupuesto familiar suele estar complementado por el trabajo de otros, y también puede haber otras mujeres que realizan labores reproductivas. Aproximadamente 30 por ciento de las mujeres pertenecen a este grupo.

El segundo está conformado por mujeres que se han 'agotado'. Ya no equilibran sus tres roles, y predomina el productivo. En general son jefas de hogar y principales proveedoras del ingreso, trabajan en el servicio doméstico, y sus parejas no contribuyen financieramente al mantenimiento del hogar. A menudo son mujeres mayores en el final de su ciclo reproductivo, física y mentalmente agotadas tras años de asumir la responsabilidad por una gran cantidad de dependientes. Su incapacidad para equilibrar sus roles conduce a una tendencia a traspasar las responsabilidades reproductivas a hijas mayores que no pueden, o no quieren asumirlas. La consecuencia es que sus hijos menores y todavía dependientes de ellas, desertan de la escuela y vagan por las calles. Cerca de 15 por ciento de las mujeres no están 'arreglándoselas'. Son las exhaustas bajas en esta lucha.

5 Estas estimaciones provisionales en cuanto al tamaño de cada grupo han sido hechas sobre la base de conclusiones provenientes de investigaciones tanto cualitativas como cuantitativas realizadas en agosto de 1988.

El tercer grupo, de mujeres que 'se aguantan', incluye a aquellas que viven bajo presión pero que todavía intentan equilibrar sus tres roles, y cuyas opciones dependen de la composición del hogar y la medida en que otros miembros de él proveen ingresos estables. Algunas son mujeres sin pareja que, sí son las principales proveedoras de ingreso, y cuentan con apoyo suficiente de otras mujeres. Otras, son mujeres con pareja que se han visto obligadas a trabajar para ayudar con los mayores gastos del hogar. Estas mujeres apelan a recursos futuros para sobrevivir hoy, envían a sus hijos a trabajar, o mantienen a las hijas en la casa para que realicen el trabajo doméstico. Cerca de 55 por ciento de las mujeres están corriendo este riesgo invisible, apenas 'aguantándose'.

En último término, sólo la introducción de perspectivas de planificación con conciencia de género podrá cambiar el enfoque de las actuales políticas dirigidas a mujeres de bajos ingresos como éstas. No obstante, existen también una serie de cambios pragmáticos que pueden ayudarlas en el corto plazo. Aunque esas mujeres identificadas como 'agotadas' son un grupo objetivo obvio para la ayuda, el grupo identificado como el de las que 'se aguantan', aunque menos visible, es prioritario en términos de las políticas para el desarrollo de los recursos humanos en Indio Guayas. Aunque quienes hacen las políticas no den prioridad a los problemas de estas mujeres, también se debe tener en cuenta que sus hijas a menudo están perdiendo escolaridad. Es esencial, entonces, asegurarse de que los programas compensatorios, diseñados para "proteger los estándares de vida básicos, la salud y la nutrición", estén dirigidos no sólo hacia las "agotadas", sino también hacia las que "siguen en la pelea" (Unicef, 1987: 134).

Un enfoque demasiado definido en las mujeres como 'víctimas' del ajuste puede socavar su capacidad para organizarse en el ámbito de las estructuras comunitarias existentes, y desalentar las soluciones basadas en la autoayuda surgidas desde la base. Los programas y proyectos de nivel intermedio y sectorial cuyas prioridades incluyen "gastos y actividades que ayudan a mantener el ingreso de los pobres" (Unicef, 1987: 134) tienen más probabilidades de triunfar cuando son planificados en colaboración con, e implementados por, organizaciones de nivel comunitario, especialmente aquellas conducidas y organizadas por mujeres. Porque aunque las mujeres son 'víctimas' del ajuste, también son un recurso muy poco reconocido en lo que se refiere a su rol en la gestión de la comunidad. Y ellas están dispuestas a invertir compromiso y tiempo en aquellas intervenciones que directa o indirectamente pueden beneficiar a sus fami-

lias e hijos. Las mujeres locales conocen las necesidades de la comunidad y pueden identificar obstáculos específicos a menudo mucho mejor que los profesionales, que suelen no conocer la comunidad ni tener el mismo nivel de compromiso con el logro del proyecto.

A través de todo el mundo, las mujeres de bajos ingresos aportan con trabajo voluntario en su rol de gestión de la comunidad, en su rol productivo perciben menos del salario mínimo, a la vez que mantienen y reproducen los recursos humanos en su rol reproductivo. Mientras la cooperación internacional y los gobiernos nacionales buscan soluciones 'sostenibles' a la crisis actual, la falla en reconocer lo que sucede ante sus ojos implica que la ceguera de género ya no tenga excusa.

Bibliografía

Barrig, M y A. Fort.
1987 La ciudad de las mujeres: pobladoras y servicios. El caso de El Agustino. *Women, Low Income Households and Urban Services Working Papers. Lima.*

Commonwealth Secretariat.
1990 *Engendering adjustment for the 1990s.* London: Commonwealth Secretariat.

Demery, L y T. Addison.
1987 *The alleviation of poverty under structural adjustment.* Washington: Banco Mundial.

Elson, D.
1987 *The impact of structural adjustment on women: Concepts and Issues.* Trabajo presentado al Instituto African Alternatives Conference. Londres: City University.
1990 Male bias in macroeconomics: The case of structural adjustment. D. Elson (editor). *Male bias in the development process.* Manchester University Press.

Evans, A.
1989 Gender issues in rural development economics. *Discussion Paper N° 254.* Institute of Development Studies.

Jolly, R.

1987 *Women's needs and adjustment poicies in developing countries.* Charla al grupo de Desarrollo de Mujeres. París: OECD.

Moser, C.O.N.

1981 Surviving in the suburbios. *Bulletin of the Institute of Developing Studies* 12 N° 3.

1982 A home of one´s own: Squatter housing strategy in Guayaquil Ecuador. A. Gilbert (editor). *Urbanization in contemporary Latin America.* Londres: John Wiley.

1986 Women´s needs in the urban system: Trining strategies in gender aware planning. J. Bruce, M. Kohn y M. Shcmink (editores) *Learning about women and urban services in latin America and the Caribbean.* New York: Population Council.

1987 Mobilization is women's work: Struggles for infrestructure in Guayaquil, Ecuador. C. Moser y L. Peake (editores) *Women, human settlements and housing.* Londres: Tavistock.

1989 Gender Planning in the Thirth World: Meeting practical and strategic gender needs. *World Development* 17, N° 11. y P. Sollis

1989 *The Unicef/MSP Primary health Care Programme, Guayaquil, Ecuador: Evaluation of the Cisce dos Project from a community perspective.* Informe preparado para Unicef, New York (mimeo.).

PNUD.

1987 Regional Programme for Africa: Fourth Cycle. *Assesment of social dimensions of structural adjustment in Sub-Saharan Africa.* Paper N° RAF/86/837/a/01/42

Selowsky, M.

1987 Adjustment in the 1980s: an overview of issues: *finance and Development* 24 (2): 11-14.

Sollis, P. y C. Moser.

1990 *A methodological framework for analysing the social costs of adjustment at the microlovel: the case of Gayaquil Ecuador.* Trabajo presentado al Taller de Evaluación de Desarrollo Social. Swansea: Centre for Development Studies.

Unicef.

S/f *The invisible adjustment. Poor women and the economic crisis.* Unicef Americas and Caribbean Regional Office.

1987 *The state of the world's children.* New York: Unicef.

1988 *La crisis: Efectos en niños y mujeres ecutorianos.* Quito, Ecuador.

1989 *The invisible adjustment. Poor women and the economic crisis.* Second revised edition. Unicef The Americas and the Caribbean Programme.